

DEL DESENGAÑO A LA CRUZ

Donde muere la madrileña calle del Desengaño hay una iglesia de ladrillo visto en la cual, aunque el interior esté en obras de remodelación, la labor de apostolado y servicios religiosos sigue funcionando. Pegado a ella tenemos un muro, y allí, elevado como a dos metros del suelo, hay un panel luminoso donde desfilan, una tras otra, letras rojas: MADRILEÑOS... PARA TODOS... IGLESIA DE SAN MARTÍN... YO TE INVOCO, DIOS MÍO... LLEGUE A TI MI SÚPLICA... Exactamente debajo, en lo que aparenta ser el umbral de una antigua puerta, hoy tapiada, una mujer espera. No viste provocativamente, más bien al contrario... ¿Joven?... Quién sabe... Tampoco es bonita, pero sus ojos negros, exageradamente pintados de rímel, buscan siempre el deseo en otros ojos. Si lo encuentran, sabe que allí tiene un potencial cliente. Amigo, no es ni más ni menos que el negocio de la carne. Amor de compra y venta.

La calle del Desengaño es corta, muy corta, y al estar situada detrás de la Gran Vía, parece estar siempre en sombras. Sus bares son pequeños y mal iluminados, con una perenne luz mortecina. Hay también establecimientos muy especializados, de esos que llamamos «de toda la vida»: Casa Reina —modelismo, maquetas, trenes eléctricos, etc.—, o la antigua Casa Riesgo, de productos químicos. Pero para mí, el mejor es una pequeña zapatería al comienzo de la calle que anuncia en su rótulo «Calzados de lujo de mujer», y en su pequeño escaparate, digno de un museo, ninguno de sus especiales zapatos tiene un tacón de menos de cuatro centímetros. Son puro fetichismo y muy acordes al comercio «de la carne» que da carta de identidad a la zona —ese pequeño paseo que hay desde esta calle y sus aledaños hasta la calle de la Cruz—.

«¿Tienes un cigarro?» Se lo doy mientras, de una rápida ojeada, ya sé que ella no me gusta. Dos metros más adelante, al acercarme a otra

mujer, sus ojos, que por un momento se quedan clavados en los míos, prometen sexo. Fea del todo no es, pero sí bajita, un poco ancha y con una delantera que se hace notar abultando una chaqueta de lana con pedrería negra. «¿Qué me llevas?», le pregunto. «Tres mil, y la cama son mil más.» En segundos, mientras intento pensar, y no pienso, si me interesa esperar a ver a otra, me promete: «Sin prisas, lo pasarás bien...». Y me oigo decir: «Vamos».

Calle Ballesta abajo, ella delante y yo, como buen cliente, detrás, al paso, hacia la cama... (¿Quieres jaleo? ¡Toma jaleo!) Y mientras, en la acera de enfrente, los porteros del Chochui, el Skorpis y el Kiss, de aspecto malencarado, están pendientes, entrada en mano, de captar algún cliente para sus desvencijados locales.

«¿Me da su carné de identidad?... Son mil pesetas.» El que me habla es un hombre joven, situado tras el mostrador de recepción de un hostel de dos estrellas. Ella, a mi lado mientras doy lo que me piden, se queda en silencio, y yo, con una ojeada rápida al local, doy por hecho que subiremos por las escaleras que, con cierto lujillo, conducen a las habitaciones. Pues no, señor, ésas son para otro tipo de clientes. El hombre, que ha salido del mostrador, nos abre una puerta situada a un lado, y ella, que conoce el camino, se cuela y me conduce por un pasillo sin decoración a una de las tres o cuatro habitaciones que hay preparadas para... Me pide el dinero y luego, mientras se desnuda, me ofrece un preservativo. Comienzo a desnudarme en una fría habitación, sin más muebles que la cama, una mesita y las dos sillas donde vamos colocando nuestras respectivas ropas.

Mientras se baja las bragas me confiesa: «Estoy un poco gorda»... Y yo, que, por todo esto y más, estoy un poco cohibido, me quito unos finolis calzoncillos de lunares que un día me regalaron y, en silencio, me digo: «Tela, amigo, hay que lidiar con esto». Y allí, bajo una luz fría —con «ellas» nunca se apaga la luz—, nos encontramos desnudos hombre y mujer frente a frente.

Lo que sigue a continuación es ni más ni menos que lo clásico en este tipo de contactos. Y hacia el final, el mío, claro, ella finge un poco con unos cuantos gemidos: «*Ab... eh... uh...*». Y en nada, como suele decirse, quedo aliviado. Luego, ella, con una de las servilletas de papel dispuestas para esa finalidad, recoge el preservativo, y tan

sublime paquete va a engordar el fondo de una papelera llena de lo mismo. Mirando esa esquina del cuarto de baño me viene a la cabeza que se podrían contabilizar las ganancias de..., perdón, del hotel de dos estrellas.

Minutos más tarde salimos vestidos y sin decirnos nada a la calle. Por conocer mundo, que no por otra cosa, y ya que debo apurar hasta la última gota este cáliz que va hasta la calle de la Cruz, entro en uno de los dos *Show Center* que hay en la calle del Desengaño. Allí, encerrado en una cabina, pongo doscientas pesetas. Se abre una mampara y veo, en vivo, a una mujer negra tumbada en una cama, fingiendo pasión y erotismo al pasarse teatralmente los dedos por... donde más duele.

Cruzo la Gran Vía y tomo la animada y colorista calle de la Montera por la acera de la izquierda en dirección a la Puerta del Sol. En la esquina con la estrecha calle de Caballero de Gracia está la cafetería Texas. Allí, la potente imagen de mujeres en grupo, apenas separadas por medio metro, captando clientes, se repite. Igual un poco más abajo, en la esquina con la calle Jardines, y también unos metros más adelante.

Es una imagen un tanto patética, pero no por eso deja de fascinar con su indudable fuerza. Las hay gordas y flacas, feas y menos feas, mejor o peor vestidas. Algunas van colocadas de heroína, su peor chulo. La clientela suele ser gente humilde, desocupada, la mayoría viejos. Ellos también forman grupos y mientras las observan, comentan, charlan... Quizás esperan a la que más les gusta y ella está ahora ocupada.

Una mujer de rojo y fuertes músculos, muy pintada, entabla negocios con dos legionarios sin gorro y en mangas de camisa en pleno invierno. Buscan juerga. Otro hombre —¿un chulo? ¿un amigo? Quién sabe...—, se acerca al grupo. Hay una cierta violencia en los ademanes. Y a mí, una mujer, al verme, me ofrece en palabras clave «un francés, un completo..., sin prisas..., placer; cuatro mil pelas y la cama», cuyo precio estándar son otras mil cucas. Rechazo su oferta, pero al rato estoy con otra en una habitación de un hostel más humilde aún que el de Ballesta.

Con pocas variaciones, la historia se repite. Con una sola excepción: al salir, por cambiar unas palabras, me pregunta si tengo mujer o novia. La invité a un café. Mientras, en el exterior, decenas de

hombres y mujeres ajenos a este comercio suben y bajan por la calle, tan llena de vida.

Bajo por la Puerta del Sol, encrucijada de todas las Españas. En Sol se ablanda el negocio. Un mimo subido en una silla silba para atraer público.

Subo por Carretas. Negros, monjas, turistas con mochilas, trabajadores... El cine Carretas; sesión continua desde las 10 a las 23 horas: *El tren de la muerte*, *El pico de las viudas*. Giro por el callejón de Cádiz, en la esquina me encuentro con Ortopedia Lavilla: bolsas de agua caliente, fajas, bragueros y aparatos para castrar toros... Dos negros venden tabaco. De aquí a la calle de la Cruz, la oferta cambia: localidades para los toros, bares, muchos bares... bocadillos de calamares, sepia y... heroína.

Y en la calle de la Cruz, que desemboca en la plaza de Jacinto Benavente, se reduce el negocio de la carne. Lo peor: más viejas, más feas... algunas embarazadas. Por supuesto más baratas. Aun así, no faltan clientes.

El paseo ha terminado. No lo he contado todo, queda fuera mucho y más. Por encima de este patético viaje me queda la fascinación de un mundo descarnado y con lenguaje propio, que para mí ha resultado... ¿apasionante?

El Europeo, nº 51. Madrid, febrero, 1995.

